

## El manuscrito.

*(Continuacion.)*

Se aleja la persona materialmente de esos espectáculos, pero el pensamiento se aferra en ellos y no puede desecharlos.

Acompañada hasta mi casa por Danton, cuando me quedé sola volví á ver en un ángulo de mi cuarto, y como si fuera por entre los bastidores de un teatro, toda la escena que habia presenciado.

A Catalina Evrard reclinada en la silla: al comisario de policía con los dos puños apoyados en la mesa y dictando.

Aquel escribano impasible, escribiendo.

La hermosa jóven de pié, sujeta y maltratada por dos soldados, parecida á la estatua de la Justicia arrancada de su pedestal, y despues aquel repugnante capuchino, que la contemplaba con ojos de ódio y de lujuria.

Las demás figuras formaban el fondo del cuadro, pero ménos reales y bosquejadas apenas.

A pesar mio tendí los brazos á la bella heroina; á pesar mio la llamé mi hermana.

A las tres oí un gran tumulto: las calles habian estado toda la noche inundadas de curiosos.

En medio de la multitud, los hombres con los brazos desnudos gritaban, vociferaban, pedian á voces que les entregaran al asesino.

Era Carlota Corday, que conducian á la Abadía.

Contra lo que era de esperar, llegó á la cárcel sin ser hecha pedazos.

Al dia siguiente fué grande mi asombro cuando ví entrar á Danton con su jóven esposa, una niña rubia, bella, casi de mi edad, y que él arrojó en mis brazos.

La llevaba para que pasara la mañana á mi lado, poniendo por condicion que iria con ella á comer al campo y que permanecería allí algunos dias.

Me encontraba tan profundamente triste en mi soledad, amado mio, que acepté; además, se me presentaba la ocasion de hablar de tí con un corazon jóven, el que podria comprenderme.

Por otra parte, tú amabas á Danton; yo no podia amarle, pero amaria á su esposa.

Danton se marchó para adquirir noticias. Desde por la mañana se sabia algo de la jóven.

No era una advenediza, como podian pensar; no era la pasion por un girondino fugitivo lo que la habia impulsado á salir de su soledad y retiro.

Era el amor sincero hácia su patria.

La Francia se le figuraba una encantadora criatura entregada al sueño, y sobre cuyo seno está acurrucado ese espectro llamado pesadilla. Compró un cuchillo y asesinó al mónstruo.

Se llamaba María Carlota de Corday de Armans.

¡Cosa verdaderamente extraña! Su padre era republicano, ella republicana, y sus dos hermanos se encontraban en el ejército de Condé, es decir, con los realistas.

Solo los revolucionarios dividen de esa manera á las familias.

Era biznieta de Corneille, hermana de Emilia, de Jimena, de Camila.

Habia sido educada en el convento de la Abadía de las Damas, de Caen, fundado por la condesa Matilde, esposa de Guillermo el Conquistador, en donde recibian á las niñas pobres de la nobleza.

Quando se suprimieron las comunidades religiosas se refugió en casa de una tia suya, la señorita de Bretevelle.

No quiso llevar á cabo una obra que la conduciría al patíbulo sin llevar la bendición de su padre.

Hizo donación de todos sus libros, ménos Plutarco, que llevó consigo; pasó por Argenton, en donde estaba el Sr. de Corday, se arrodilló delante de él, y bendecida y abrazada por el anciano, volvió á tomar su asiento en la diligencia; llegó á Paris el 11 y se hospedó en la calle de los Agustinos Viejos, núm. 17, fonda de la Providencia.

El pretexto de su viaje fué sacar del ministerio del Interior algunos papeles interesantes de una amiga emigrada, la señorita de Forbin; por consiguiente, habia pedido á Barbaroux una carta para su amigo y colega Duperret.

El día 12 lo empleó en esas diligencias.

En el interrogatorio hemos visto que el día 13, una hora antes de cometer el asesinato, compró en el palacio real el cuchillo con el que pensaba poner en ejecución su proyecto.

¡Ah! Olvidé decirte que el único momento de debilidad que Carlota manifestó durante el interrogatorio, al que asistimos Danton y yo, fué cuando la presentaron el sangriento cuchillo, preguntándola si era aquel con el que habia dado muerte á Marat.

—Sí, dijo separando los ojos y rechazándole con la mano; sí, ese es; le reconozco.

Hé aquí lo que de ella se sabia el 14, á eso de la una del día.

Durante la noche fué interrogada por los miembros del Comité de seguridad general y por varios diputados, y el resultado de esos interrogatorios era lo que se habia esparcido por Paris.

En cuanto á Marat, se trataba nada ménos que de conducirlo al Panteon de hombres ilustres.

Todo el día permanecí con la esposa de Danton; le hablé de tí: ella á mí de su marido.

Me refirió que primero la habia inspirado miedo, pero que muy pronto habia comprendido que bajo aquella ruda corteza latia un corazón impetuoso, y que su talento estaba basado en su mayor parte sobre la bondad de su alma.

No; ciertamente no le amaba como yo te amo; le amaba como

debe amar á su marido una esposa buena y honrada. ¡A tí te amo como á un amigo, como á un hermano, como á un esposo, como á un amante, como á un maestro, como á mi Dios!

¡Oh! ¿A dónde estás, amado mio? ¿Piensas en mí con esa insistencia del pensamiento que devora, que me hace torcer mis brazos convulsivamente y llamarte, gritar sin saberlo en medio de mi sueño, despertando á la pobre Jacinta, que se acerca á mí asustada y preguntándome qué me sucede?

—Nada, le contesto; estaba soñando.

A las seis volvió Danton á buscarnos.

Estaba entusiasmado por Carlota; jamás habia visto, decia, un corazón más sencillo y al mismo tiempo más enérgico.

Al registrarla la habian encontrado un dedal, agujas é hilo.

—¿Por qué teneis estos objetos? la preguntaron.

—Creí que despues de matar á Marat me maltratarían, que podían desgarrarse mis vestidos y deseaba tener con qué coserlos en la cárcel; tal era mi intención.

—¿No eres tú quien te presentaste en mi casa vestida de religiosa para asesinarme? le preguntó el carnicero Legendre.

—El ciudadano se equivoca, contestó Carlota sonriéndose: nunca he pensado que ni su vida ni su muerte interesara á la república.

Y como su dedal, su hilo y sus agujas habian sido encontrados en su bolsillo con el reloj y el porta-moneda, Chavot los tomó para verlos y los conservó largo tiempo entre sus manos.

—Creia, dijo la jóven, que los capuchinos habian hecho voto de pobreza.

Chavot manifestaba deseo de estar á su lado, pero con un pensamiento obscuro: quiso registrarla pretendiendo que su pañuelo estaba demasiado sujeto y que seria porque ocultase alguna cosa, y aprovechándose de que tenia las manos atadas, se arrojó sobre ella y deslizó la mano en su seno.

Pero al contacto del impuro, la casta jóven sintió tal repugnancia, que rompió las ligaduras que la sujetaban las manos; pero el pañuelo se abrió con el esfuerzo y permitió ver su pecho.

Los carceleros sintieron humedecidos sus ojos por las lágrimas y la acabaron de soltar las manos para que pudiera volver á ponerse el pañuelo.

Además la permitieron se bajara las mangas y se pusiera guantes encima de las cuerdas.

Esas eran las noticias del día.

¡Ah! Recuerdo, amado mio, que un pintor llamado David, amigo de Marat, pasó todo el día al lado del baño para sacar el retrato en la misma postura que yo le ví.

Al día siguiente se trató en la Asamblea de votar la conduccion del cuerpo de Marat al Panteon.

A las seis partimos para la casa de campo de Danton, en donde habita con su esposa.

Durante los ocho primeros días de su enlace no se ha separado de ella un momento, y hasta delante de mí la colma de caricias. Con respecto á ella, me parece que siente, más que amor, asombro y miedo. Por más que el leon lime sus dientes y esconda sus garras, no me parece que ella está tranquila con ese mónstruo sublime.

En la sesion de la noche se discutirá en la Convencion cómo se debe sepultar á Marat.

Luisa ha impulsado á su marido á que asista.

— Espero, le ha dicho, que no permitireis que se profane el Panteon con la entrada en él del cadáver de ese vampiro.

Figúrate, Jacobo de mi alma, que tu amigo Danton, es decir, la revolucion en persona, se ha casado con una jóven realista. Esto lo he adivinado en la velada que he pasado á su lado sobre la colina que domina el Sena, y desde la cual se domina el valle de Saint-Cloud.

¡Qué tranquilidad tan sorprendente! ¡Qué suave majestad en la naturaleza! Casi puede dudarse estemos á dos leguas de ese volcan que ruge y arroja llamas, y que se nombra Paris.

Por la noche, ese zumbido inmenso, mezcla de gritos, de imprecaciones, de voces, llega hasta nosotros como el sereno rumor de las hojas agitadas por el viento, como el murmullo de los arroyos ó de los enamorados pajarillos.

Luisa y yo nos preguntamos por qué el hombre que puede vivir feliz y tranquilo bajo la diáfana bóveda del cielo, acostado sobre el mullido y fresco césped, con un arroyuelo á sus piés y acariciada su frente por las hojas de los árboles, por qué prefiere las luchas de la tribuna, los ódios de los partidos y el lodo sangriento de las calles.

La sombra de Carlota Corday pasa delante de nosotras, escondida coquetamente en un nido de musgo, en su hermosa Normandía, con arroyos, césped y sombra que proyectan los magníficos olmos.

Pues bien, esta jóven ha dejado todo eso; ha andado cincuenta leguas con un cuchillo en la mano para hundirlo en el pecho de un hombre á quien jamás habia visto, contra el que no tenia motivo personal de rencor y al que odiaba con la violencia de su amor por su pátria.

¡Oh, amado Jacobo! Si algun día se apacigua la revolucion, si Dios permite que los corazones que están separados se reúnan, si en lugar de esos terribles días 20 de Junio, 10 de Agosto, 2 de Setiembre, 21 de Enero y 31 de Mayo vienen otros tranquilos y serenos iluminados por el sol, nosotros tendremos una casita, una cabaña, una choza sobre una colina, desde cuya cima veremos serpentear el agua, segar las mieses y cortar los árboles. Nos sentaremos en la hora melancólica del crepúsculo y veremos ponerse el sol cubriéndose con el velo misterioso de la noche, y saludaremos las bellezas de la naturaleza con una mirada, con una sonrisa, con un beso.

Permanecemos allí hasta muy entrada la noche. Sucesivamente escuchamos que se extinguían los rumores del día, el ruido de los carruajes por el camino, el hacha del leñador en los bosques, el canto del cultivador, el gorgojo de los pajarillos en los árboles y el grito del mirlo. Vimos encenderse aquí y allá puntos luminosos, estrellas de la tierra, y con ellas el silencio se espació por el campo y solo se oyo el rumor extenso, prolongado, del ladrido de los perros que guardaban un rebaño de carneros, ó velaban en su casilla á la puerta de algun cortijo.

Cuán lejos estábamos al contemplar la hora del reposo, de pensar en la tumultuosa sesión, en Marat en el baño, retratado por David; en Carlota Corday, que aguardando la hora de ir al patíbulo, escribía desde la cárcel á Barbaroux.

Danton volvió á las doce. La sesión había sido tempestuosa; los franciscanos habían pedido el Panteón para Marat, y los jacobinos acogieron con frialdad aquella petición, y como Robespierre se declaró en contra, había sido rechazada.

Carlota Corday debía trasladarse al otro día á la Conserjería, y Marat ser enterrado en el cementerio de la antigua iglesia de los franciscanos, cerca de la cueva en donde había escrito largo tiempo.

Con motivo de la muerte, se notaba mucha agitación en el pueblo. Los pobres sabían que había sido su defensor, que toda la vida había escrito para ellos, y sin que hubieran leído sus artículos, estaban agradecidos.

La ceremonia tuvo lugar de las seis á las doce de la noche. Danton asistió y nos condujo con él. Marat, á la luz de los cirios, fué depositado al pie de un sáuce de los que crecían aquí y allá en el cementerio.

Era cerca de la una de la madrugada cuando se pronunció el último discurso.

Después que se concluía uno, gritaban diez mil voces: ¡Viva Marat! ¡Muerte á los jacobinos! Y esas voces me herían en lo más íntimo del corazón.

Muchos pedían que Carlota fuese conducida al cementerio y sacrificada encima de la tumba.

Danton procuraba en vano tranquilizarme, porque á cada movimiento en los grupos me figuraba que era ella que la conducían desde la Abadía como víctima expiatoria.

Volvimos á Sevres al amanecer. Yo estaba quebrantada por el terror.

## XII.

El manuscrito.

(Continuacion.)

Era el 19 de Julio; hacía cuatro días que había sido asesinado Marat y que estaba presa Carlota.

En las calles de París se empezaba á gritar que duraba mucho la causa, y se preguntaba qué hacían los jueces.

La noticia de haber sido conducida Carlota á la Conserjería había dado esperanzas á los maratistas. Se sabía que los presos de la Conserjería no estacionaban en ella largo tiempo.

En ese día debía comparecer Carlota delante del tribunal revolucionario.

Danton se había entusiasmado por aquella alma romana y quería asistir á la sentencia.

Se sabía que había escrito á un joven diputado, sobrino de la abadesa de Caen. La carta no llegó á sus manos ó no se atrevió á contestar, cediendo á otro el honor de la defensa.

Nombraron por abogado de oficio á un joven aun desconocido, el ciudadano Chauveau Lagarde.

Danton volvió á su casa maravillado.

—¿Qué hay? le preguntamos al verlo entrar.

—Ella ha juzgado á todos y les ha condenado á la cadena de la historia, nos contestó.

Le pedimos pormenores, pero para él se encerraba todo en el majestuoso conjunto de su aparición. Solo notó que durante el in-

terrogatorio de la acusada, un joven pintor alemán, llamado Hanner, había sacado el retrato.

También Carlota se había fijado sonriéndose, y se había colocado mejor para hacer más fácil la tarea del pintor.

Al volver á la cárcel, encontró á un sacerdote que la estaba esperando; pero como era republicana hasta el último extremo, rehusó los auxilios espirituales de aquel que se presentaba á ofrecérselos.

—Tengo el auxilio de arriba, respondió mirando al cielo, y espero que será suficiente.

Todo esto es magnífico, ¿no es cierto, amigo querido? pero me parece que no es propio de la mujer.

La ejecución tuvo lugar á las ocho de la noche: Danton ha querido que asistiéramos: puse alguna dificultad, pero Danton me dijo:

—Esa mujer dará una lección de muerte hasta á los hombres, y en los tiempos que corren, bueno es tomar esas lecciones.

—Además, añadió, es el postrer homenaje que se la rinde, asistir á su muerte.

¡Oh! mi amado Jacobo, en el caso que algun día me condenen á muerte, quiero aprender á morir para no desfallecer y tener energía.

¡Oh, amigo mio! ¿Cómo podré referirte la muerte de Carlota? Tenía razón Danton: es un sublime espectáculo el de una criatura que muere valerosamente por convicción.

No había caído el hacha, y ya Carlota Corday pertenecía á la historia.

De boca en boca repetían lo que había dicho, lo que había hecho, millares de espectadores.

El pintor, gracias sin duda á ser comandante del segundo batallón de franciscanos, había obtenido la gracia de concluir en el calabozo el retrato de la condenada, empezado en el tribunal. Volvió con ella á la Conserjería.

No sabiendo Carlota que sería juzgada, condenada y ejecutada en

el mismo día, había ofrecido que almorzaria con los porteros de la cárcel al día siguiente.

Segun dicen, el matrimonio Richard son personas excelentes.

—Señora Richard, dijo al entrar; me dispensareis si no almuerzo mañana con vos, como os he ofrecido; pero ¿qué quereis? mejor que nadie comprendereis que no es culpa mia.

Al entrar en el calabozo volvió á colocarse para el retrato y habló serena con el pintor, pidiéndole que hiciera una copia del retrato para su familia.

El pintor estaba dando los últimos toques cuando el verdugo abrió una puertecilla, situada detrás de ella.

Se volvió; tenía en la mano las tijeras que estaban destinadas á cortar el cabello y sobre el brazo la camisa roja que tenía que ponerse.

La camisa de los parricidas para aquella mártir; ¡qué profanación!

—¡Ya! exclamó.

Y después, como avergonzada de aquel primer impulso,

—Caballero, añadió con voz dulcísima y con graciosa y amable sonrisa; ¿quereis prestarme vuestras tijeras, si no os molesto?

El verdugo se las dió.

Entonces cortó un rizo de sus hermosos cabellos y se lo entregó al pintor, diciendo:

—No puedo ofreceros otra cosa que este rizo de mis cabellos; guardadlo como recuerdo mio.

Dicen que el verdugo volvió la cabeza y que lloraban los gendarmes.

Efectivamente, en honor de la humanidad, se notaba en las masas un notable cambio.

Durante aquellos cuatro días que habían pasado, el rumor de la serenidad de la acusada se había esparcido, y la energía y veracidad de sus respuestas habían hecho tal efecto, que al primer impulso de horror que inspira el asesino había sucedido la admiración, la sorpresa. Por eso á las siete de la noche, cuando apareció bajo el sombrío arco de la Conserjería la hermosa víctima envuelta en su sayo rojo, cobijada por un cielo sombrío y á la luz de los

relámpagos, se creyó que estallaba en el cielo la tempestad para reprochar á la tierra el crimen que cometia.

Tumultuosos gritos se dejaron oír, como la manifestacion de dos fanatismos contrarios; la admiracion y el ódio y la venganza.

La tempestad huía delante de ella.

Cuando llegó al Puente Nuevo habia desaparecido, y una claridad diáfana iluminaba la plaza de la Revolucion, viéndose que el firmamento estaba límpido y sereno.

En la calle de San Honorato se disipó la última nube que empañaba al sol, y sus ardientes rayos acariciaron á la virgen que marchaba hácia la muerte.

Danton colocó á su mujer en un balcon del palacio que da á la plaza de la Revolucion, fuera temiendo algun accidente, fuera que temiera que su corazon tímido desfalleciese si estaba demasiado cerca.

Yo queria quedarme á su lado.

—No, me dijo Danton; vos sois una alma intrépida y vendreis conmigo. Cuando va á morir una mujer como esa, no se la mira desde un palco, ni desde un balcon, sino lo más cerca posible para poder decirla con la vista:

—Muere tranquila; no mueres por completo; víctima santa, tu recuerdo quedará en nuestros corazones.

Fuimos á colocarnos al lado derecho de la guillotina.

Confieso que yo andaba maquinalmente, y solo impulsada por Danton.

Mis piernas temblaban, mis ojos no veian sino á través de una nube y no oía más que un rumor confuso.

Estaba en el mismo estado que una persona que se desmaya y que su ánimo se sostiene aun sin haber entrado todavía en la region de las tinieblas.

Fuertes gritos me sacaron de mi entorpecimiento. Abrí los ojos y mis piés se clavaron al suelo, y me volví hácia el lado de donde provenia el ruido. La carreta aparecia por la puerta de San Honorato y se dirigia hácia el patíbulo.

¡Oh, amado mio! Nada más hermoso, nada más santo, nada más

sublime puede haberse aparecido á los ojos de los mortales desde el principio de los siglos que esta segunda Judit, ofreciendo su sangre para rescatar los pecados de Betulia, aventajando á la primera por su inocencia y pureza.

Desde aquel momento se fijaron mis ojos en ella y no pudieron separarse.

Un rayo de sol brilló en el cuchillo y reflejó en sus ojos.

Aquel relámpago, precursor de la muerte, me pareció la hacia palidecer; pero aquel instante de flaqueza pasó con la misma rapidez del relámpago. Carlota se incorporó en la carreta, se apoyó en los travesaños de los lados y sonrió dulcemente, sin ostentacion y sin desprecio.

Bajó sola del fatal vehículo y subió las escaleras de la guillotina. El verdugo y sus criados la seguian como si fuera una reina.

Al llegar á la plataforma miró lentamente en derredor de ella.

Era un ángel: en aquella ejecucion que debia sublevar á las oleadas del pueblo, faltaba el pueblo.

Los que rodeaban el cadalso no eran curiosos, eran observadores sérios, hombres graves: eran médicos, diputados, eran filósofos.

Despues, una multitud de mujeres dulces, simpáticas, bien vestidas, que asistian como se asiste á los funerales de una amiga, de una hermana, de una persona de la familia.

En lugar del acostumbrado tumulto se notaba un sombrío silencio en la plaza de la Revolucion.

Aquel silencio fué interrumpido por un grito de la víctima.

Al arrancarle el verdugo el pañuelo, la habia dejado el seno descubierto.

Aquel grito no era de temor: lo habia causado el pudor.

—Despachemos, dijo Carlota viendo su pecho medio desnudo; y ella misma se arrojó sobre la vástula.

Se escuchó un grito.

Se vió pasar la cuchilla como un relámpago vertical.

Al caer la hermosa y virginal cabeza, un ayudante del verdugo, llamado Legros, la tomó por los cabellos y la mostró al pueblo.

Despues cometió la indignidad de darla un bofetón.

Los ojos volvieron á abrirse y las mejillas pálidas recobraron su color.

Un murmullo de horror y de indignacion circuló por toda la plaza.

—Prended á ese hombre por insulto á la humanidad, gritó Danton.

—¡Sí, sí, sí! gritaron mil voces; que se le prenda.

Los gendarmes que habian conducido á Carlota subieron á la plataforma de la guillotina, y le prendieron.

Tenia razon Danton, amado mio; si me fuera preciso morir ahora, creo que, gracias al ejemplo que he tenido delante de mi vista, me seria más fácil.

Habia soportado con valor aquel espectáculo, por más horroroso que fuese, y me habia exaltado en lugar de abatirme.

Yo me decia á mí misma:

—Si supiera la muerte de mi amado, compraria un cuchillo, me presentaria en casa de Robespierre, le mataria y moriria como habia muerto Carlota Corday.

¿Lo creerás? Por un momento envidié la suerte de aquella vírgen, decapitada, abofeteada por un criado del verdugo, y deseé estar en su lugar; lo confieso.

¿Pero estaria yo tan hermosa como ella? ¿El sol haria por mí lo que por ella? ¿Saldria para formarme como á ella una aureola con uno de sus rayos, el más bello, el más risueño?

Solo temo una cosa, mi Jacobo; que caiga de su trono el Bruto pagano y que se funde una religion en la sangre de Carlota Corday.

La religion del puñal.

Despues de la ejecucion fuimos á buscar á la esposa de Danton al palacio del guarda-muebles. La pobre mujer me confesó que, aprovechando la ausencia de su marido, se habia refugiado en el fondo de la habitacion.

Nada habia visto.

Tomamos un carruaje descubierto para regresar á Sevres. La tempestad habia purificado el cielo por completo. Se respiraba ese

vivificante olor que se advierte en la atmósfera despues de una tempestad.

Danton estaba pensativo.

El valor grandioso y sin afectacion de aquella jóven le habia impresionado profundamente.

—Creia demasiado en su firmeza, dijo, pero no en su dulzura. Es sublime á su edad conformarse tanto con la muerte. No creía en esas miradas penetrantes, en esas vivas y radiantes centellas que se escapaban de sus ojos sobre el cadalso. Todo lo que odiaba estaba refundido en Marat, y habia muerto con él.

Nos ha dejado sin pensar siquiera en perdonar á sus verdugos. Su alma flota por encima de las mezquinas inspiraciones terrestres, y creo que si yo fuera más jóven sentiria una sombría voluptuosidad en seguirla y en buscarla en el mundo desconocido á donde acaba de dirigirse.

Generalmente los reos se sostienen por una animacion ficticia, por cantos patrióticos, por injurias que dirigen á sus enemigos y por sonrisas que envian á sus amigos.

Nada de esto ha necesitado, continuó Danton; tenia fé; la fé ha sido su columna de bronce.

Dios sabe cómo moriré yo, pero desearia morir como ella.

Luisa lloraba; yo estreché la mano de Danton entre las mias.